

Notas de Viaje escrito a máquina

Der Rhein (El Rin)



Vista del Castillo de Kaub y de las ruinas de Gutenfels que dominan el Rin.

A los hermanos Coronel-Kautz

1- En los peldaños del San Gotardo, en los Alpes suizos —en ese “lugar donde secretamente se forjaron muchas cosas/ para los hombres decisivos”, según el verso de Hölderlin— nace el Rin. Un beso del Sol y la Nieve le ha dado vida. Pequeño, lo alzaría en un vaso, como un brindis, en este momento inicial de su ríografía. ¿A quién dedicaría el enigma de su puro brotar?

En Schwenninger, desde la gasolinera, vi detrás de una ventana de cortinas azules a una mujer llorando, inclinada sobre una mesa. No sé —¿quién podrá saber?— si esas lágrimas son el principio del largo río de un drama. En Managua, lejana ahora como esa estrella fría sobre el cielo alemán, un joven no podía hablarme, emocionado, al entregarme sus primeros versos. No sé si mañana —¿quién podrá saberlo?— sus poemas correrán de boca en boca en el río avasallador de incontables multitudes. Y vi también en Bad Nevenahr, cerca del Rin, a una pensativa mujer embarazada, que parecía leer sobre la hierba, pero el viento pasaba las páginas del libro bajo su distraída ternura. Y no sé —quién podrá saberlo?— si el hijo que esperaba trazará mañana con su mano el cauce de la historia. ¡Misterio de lo inicial! ¡Misterio de lo pequeño! ¿Quién puede saber la medida de lo pequeño aquí, junto a la primera lágrima, junto a la primera sílaba, junto al primer vagido del Rin?

2- Cerca de Schaffhausen oí de nuevo su torrente. Turbio, de tempestuosa melena salía del Lago de Costanza —su corazón azul— para ser suizo por última vez. Bajo el puente donde se leía, como en un zoológico, su nombre en gótico, “Der Rhein”, me pareció oír recitado por sus aguas violentas el famoso verso de Eliot: “No sé mucho de dioses/ pero creo que el río es un fuerte dios pardo/ adusto, indómito, intratable”. Ya no era el niño de rubia rebeldía que cantó Holderlin rompiendo rocas y negándose a aceptar los pañales de los montes alpinos, sino el impetuoso y juvenil semidiós lanzándose sobre Europa a trazar el eje de su historia.

La carretera no es precisamente la vía para perseguir y percibir la gigantesca y caprichosa biografía de un río. Cuando volaba sobre el verde-oscuro bolsón del Württemberg, me distraía mirando los esfuerzos de la línea blanca de la carretera por acoplarse al ritmo del aleonado Rin, fiara milenaria de los bosques negros, que pasaba amotinando infinitos ríos y riachuelos en anárquicos zig-zags. La carretera —cauce de la vida técnica— sólo se atiende a su especialización que es: llegar. El río, cauce de la vida natural, va construyendo su propio curso con las circunstancias; tuerceré imprevisiblemente o imprevisiblemente se empeña en derribar un monte y pasa y “fecunda nuevos campos/ y funda ciudades y en ellas/ alimenta a sus hijos”, dice el poeta.

(La mayor parte de nuestros grandes ríos nicaragienses todavía no fundan ciudades. Son monstruos salvajes.

¿Hemos pensado, visitando las humildes vertientes del gran Yare o Coco, qué mensaje futuro suenan sus aguas? Todo río es un doble fluir: vida e historia. El majestuoso Coco, todavía analfabeto, es, hasta hoy, solamente sangre vital que fluye. Vida elemental. Su única misión hasta ahora es marchar con su diadema, en la frente patria, el límite norte del país. Pero mañana, cuando ese país alcance su plenitud ¿será su oficio fundar ciudades y civilización? Cuando el Rin tenía la edad del Yare (a 450 años de comenzar su nacionalidad) ¿cómo era? ¿qué historia bordeaba sus aguas bárbaras? Ya en las vertientes del Coco, en el Chipote, vimos levantarse la figura estelar de un héroe: Sandino. A tal héroe, tal río. ¿Y mañana?)

3- Pero volvamos al Rin. El automóvil no advierte la historia. No advierte, a la sombra de los abetos oscuros, propicia a la evocación, la imagen de una nave libúrnica de ligeros remos, donde los legionarios romanos vigilan el Limes, la frontera, que está moldeando el alma rebelde y romántica de los germanos. El automóvil lleva demasiada prisa para subir sobre esas ruinas, donde brotan lirios blancos, de una fortaleza del tiempo de Trajano. Es el Rin romano haciendo historia; desembarcando las armas del Imperio en Maguntiacum —que se convertirá en la ciudad de Maguncia—, o en la Colonia Agrippinensis —que será la ciudad de Colonia o Köln—; o en Confluentes, que será Coblenza, etc. Es el Rin moldeando en romano el alma germana; sembrando la semilla, preparando su entrada a la Historia Universal. Unos siglos después, sobre este injerto, sobre esta fusión de la rebelde libertad nórdica con la severa norma romana, surgirá el Emperador de la Barba florida y fundará —sobre el eje del Rin— el nuevo “Sacro Romano Imperio de Occidente”.

Detengámonos aquí en Ingelheim —cerca de Maguncia— y pidámosle al poeta palaciego Argelberto que nos permita agregararnos a los cien invitados del Emperador Carlomagno y bajar al balneario del río— donde los cortesaneros nadan y rien, o hacen malabarismos de juegos de palabras en un tosco latín, o le lanzan piropos en acrósticos a las damas que rien y contestan bajo una pérgola engalanada de cortinajes amarillos. Una voz canta: “Stetit puella/ rufa túnica/ si quis eam te igit/ túnica crepuit/ íeia!” —“Estaba una muchacha/ con túnica roja/cuando alguien la toca/la túnica cruje/ íeia!”... Los cisnes se espantan con tantos rudos caballeros. Alcuino de York, llegado desde Inglaterra, hábil en matemáticas y en hacer ovillejos propone un acertijo al Obispo que bebe, en copa de plata, agua mineral. Menalcas, el cocinero, grita confiantemente que se enfria la comida. Eberardo, el mayordomo, está listo con el manto de lino para secar al corpulento Emperador. Lo vemos salir del Rin chorreando agua de sus rojos bigotes, recio de cuerpo, atlético a pesar de los años y el brazo de cazador y de guerrero poderosamente musculoso. Allí están los infantes Carlos y Ludovico. Y las hijas que se

acercan para besarle. “Berta trae rosas, Crotrida, violetas; Gisela, lirios; Rotruda, manzanas; Hiltruda trae el pan en un cestillo de mimbre; Teodrata el vino en ánfora de oro”. Les ruegan que dancen. Y al final el poeta Argelberto recita un poema: “Ad Carolum Regem” donde habla del nacimiento de una nueva Roma...

Es la crónica de aquella época carolingia. Hombres toscos y sencillos pero con un alto propósito europeo de integración. La nueva Roma ya no tiene por eje, como la antigua, al mar Mediterráneo (conquistado por los musulmanes), sino el gran río: der Rhein. Es el nuevo imperio en que se equilibran los dos genios de Occidente: el Nórdico y el Latino, el cual dará lugar a un primitivo, casi rústico pero vasto “renacimiento” que será la base de la cultura medioeval “enorme y delicada”.

(Pienso ahora en el otro río, en el río del Sur, protagonista de nuestra historia, padre río Desaguadero, entrada y corredor de Europa hasta la entraña indígena de Nicaragua. Río San Juan. ¿Qué renacimiento futuro está allí, condicionado a esas aguas silenciosas que unen el corazón del país con el Atlántico? Ningún emperador de barba florida se baña en sus riberas selváticas, aunque algunos poetas cruzan y cruzan sus aguas interrogando al Destino. Ese Castillo mudo y vetusto ¿es símbolo de algo? Ese Castillo que significó el primer capítulo de una historia que convirtió a Nicaragua en centro geográfico de América, ¿tendrá en el porvenir una proyección nueva? Porque hace tiempo que el río cerró sus puertas y que el país le dió la espalda al llamado del mar. ¿Cuál será el futuro de una tierra a quien se le dió un inmenso Lago y un río para convertirse en puerto del Istmo? ¿Vendrán hombres con alta mentalidad integradora que rescaten ese destino, o nos hundiremos para siempre en un provincianismo cerrado, sometido y tributario servil de los imperios extranjeros?)

4- Pero volvamos al Rin. Allí están las siete colinas que rodean a Bonn —la capital suplente—. Subamos a una de ellas, entremos al Castillo de Godesburgo, ahora un romántico restaurante y hotel, donde Beethoven convirtió estas aguas en un río orquestal de inefables melodías. Beethoven es el Rin hecho música. Desde esta altura —en el dulce crepúsculo— ves hacia el sur un Rin romántico pasando entre castillos; cada castillo una leyenda, cada leyenda un coro de romances, lieds y poemas entre viñedos, abetos, hayas, hadas, enanos,

caballeros hechizados, muchachas rubias en las ventanas. Este es el Rin lírico. No sabes si está aquí o allá; en el tiempo de los trovadores o de los ejecutivos. Aquí el Rin se ha convertido en un río de vino. En sus aguas doradas y embriagadoras de romanticismo se alza la imponente roca de Lorelei; la linda muchacha hechicera a quien el rey manda, en castigo, recluir en un convento. El rey no sabía que ella buscaba por la magia recuperar a su amado: un joven guerrero que partió para siempre a la guerra. Ya la llevan presa tres caballeros. Ya les suplica ella, con sus verdes ojos llenos de llanto (¿quién se niega?), que la dejen mirar por última vez en la lejanía del río si viene el amado. Ya mira. Ya grita de alegría porque lo ve en las aguas. Ya se lanza desde roca al río y desaparece. ¡Todavía el eco repite: ¡Lorelei! ¡Lorelei! ¡Lorelei!

Pasemos —siguiendo hacia el norte— la última y legendaria colina —el Dranchenfels— donde Sigfrido mató al dragón que guardaba el tesoro de los nibelungos: ahora se abre ante nuestra vista la gran llanura llena de fábricas, minas, represas, ferrocarriles, autopistas, barcos, lanchones sobre el río, carbón, humo, sirenas —no las románticas del Rin que aquí murieron, sino la estridentes de la industria— y los hormigueros de vehículos... ¡Oh riberas de la Renania del Norte, chimeneas y muelles de Düsseldorf, malecones, puentes, aguas sucias del Bajo Rin! ¡Sigfridos luchando con dragones de acero, la historia (¡Siglos de historia!) desembocando en el monstruoso y devorador siglo XX! ¿Será inevitable, en el camino que llaman del desarrollo, desembocar en estas aguas contaminadas y en esta fiebre fabril? ¿No tiene otra salida el mundo que quemar sus paisajes, envenenar sus aguas, hundirse el hombre en un insaciable producir y oír, como canto de sus ríos —no el trino del ave, no el salto del pez en el silencio meditabundo de las aguas— sino la estridente sirena o el rechinante rugido metálico de los motores? ¿Será este final del Rin, el final obligado de nuestros ríos —será esta actividad devastadora que le espera al Coco y al San Juan como meta de lo que llamamos Progreso— o inventará el hombre un reino nuevo, un reino donde sea posible la leyenda, el árbol, el agua pura, el amor enamorado, el ocio para crear, el cielo limpio y —más allá de su azul— una Esperanza Trascendente?

PABLO ANTONIO CUADRA